

Marcial estos desahogos dolorosos de su alma, á no haber sido interrumpidos.

Uno de los oficiales que habian acompañado al desafío á Jorge y á Felipe, mandó llamar á Marcial, y éste salió á recibirlo. Aquel le participó que habia mandado depositar los cuerpos de sus hermanos en la casa de un gañan, y que el entierro se verificaria á los dos dias en la municipalidad misma donde habian fallecido. Mr. de Chivry pasó entonces á la pieza donde su hijo habia introducido al oficial.

—Agradezco á vd., caballero, le dije con una voz que habia recobrado su firmeza natural, los tristes cuidados que les habeis dispensado; pero por qué motivo no puede ésta inhumacion, y decayo su voz al decir esto, hacerse en Nantes mismo?

—Señor conde, contestó el oficial, todas las personas principales de esta ciudad participan de vuestra affixion, pero temen las autoridades que un cortejo tan fóbnebre, al pasar por las calles de una ciudad donde arden bajo la ceniza tantas pasiones, escite contra..... el autor de vuestros males y

los de su partido quizá, un levantamiento que podria causar los escesos mas criminales.

—Tienen razon, caballero, respondió Mr. Chivry con voz cortada, si se considera el combate.... en que mis hijos.... han muerto.... como desafio político.... Pero espero que mañana sabrá la ciudad de Nantes, cuán sagrado y lejítimo ha sido el motivo de la conducta de mis hijos. Entretanto, suplicó á vd. se sirva hacerme otro servicio.

—Disponga vd. de mí como guste, señor, dijo el oficial; mándeme vd. en todo lo que me crea útil... como á un amigo, como á un camarada de Jorge....

Estas cortas espresiones, pronunciadas con los ojos humedecidos, volvieron por un momento su flaqueza á Mr. de Chivry; algunos sollozos mal comprimidos salieron de su pecho; se acercó al oficial y apretándole la mano le contestó:

—¡Gracias, caballero, gracias!

Y volvió otra vez á su cuarto. Estando entreabierta la puerta, vió Marcial colocar.

se á su padre junto á una mesa para escribir; trazaba algunas palabras, luego se detenía para enjugar sus lágrimas. Seguía escribiendo su carta y volvía á interrumpirla. Aguardaba el oficial con un silencio taciturno, cuando se aproximó á él Marcial y le dijo quedo:

—Caballero, hacedme á mí un favor también.

—¿Cuál?

—Rogad á mi padre que vaya con vos.

Ese oficial, que habia sido testigo de la resolución de este noble muchacho, lo miró cara á cara y le dijo con un tono suave de reconvención:

—¿Quereis abadonar á vuestro padre?

—Es preciso, debo hacerlo....

—Quereis, no es verdad, ir á casa del señor Asthon?

Marcial bajó la vista y respondió con profunda tristeza.

—No caballero, no; yo no tengo licencia para hacerlo. Juré sobre mi honor á mi padre que no provocaría otra lucha.... El deber con que tengo que cumplir es mas

sensible y doloroso que cuanto podais imaginar

—Pues júreme vd. que no quiere salir á batirse, y haré lo que v. d. me pide.

—Se lo juro á vd.

Se dieron la mano y aguardaron á Mr. de Chivry quien volvió pronto, con una carta en las manos.

—Tenga vd. la bondad, caballero, dijo al oficial, de llevar vd. mismo, si lo tiene á bien, esta carta al señor procurador del rey. No he podido decirle como quisiera todo lo que me estorba pasar á su gabinete.... Pero luego que vd. le haya referido que....

Aquí volvió á detenerse Mr. de Chivry, dominado por la emoción que le subía, por espresarnos así, á cada instante del corazón á la garganta; en fin, se calmó y añadió:

—No es cierto, caballero que él comprenderá muy bien que no puedo salir en el estado que guardo, y que consentirá venir á ver á un padre reducido á la desesperación?

—No lo dudo, señor conde, contestó el

oficial . . . pero no le parece á vd. que si su señor hijo me acompañase! . . .

—Al oír esto, avanzó rápidamente Mr de Chivry hácia el oficial, y cediendo al primer movimiento, se colocó entre él y Marcial. Luego midiendo á ambos con una mirada inquieta, exclamó:

—El abandonarme! El! . . . No señor, no!

—Pero, padre mio! dijo con timidez Marcial.

Mr. de Chivry lo miró con triste desconsuelo.

—Oh! exclamó, Marcial, me quedo.

—E hizo señal al oficial para que se retirase. No bien se hallaron solos padre é hijo, cuando dijo con dolor Mr. de Chivry:

—Marcial, todavía no hemos hablado de Diana.

—Y saliéndosele las lágrimas con mayor precipitacion que nunca, exclamó:

—Desgraciadamente nada sabes tú, pobre Marcial! pobre muchacho!

—Todo le sé, papá.

—Tú, Marcial. . . no ignoras! . . . Quien te lo á dicho?

—Ella. . . .

—Mr. de Chivry retrocedió, y mirando á su hijo con un asombro lleno de ansiedad pero no de ira, preguntó:

—Luego la has visto?

—Sí, papá.

—Dónde, y como!

—Voy á decirle á vd.

Entonces Marcial refirió á su padre las sospechas que habia tenido en Paris, su determinacion de ir á Chateauron, y su llegada al Grandpin. Deseaba demasiado excitar la compasion por su hermana en el corazón de su padre, para dejar de hacerle una pintura fiel de la situacion lamentable en que habia encontrado á Diana, de su desesperacion, de su angustia penetrante, de su dolor que rayaba en locura.

Mr. de Chivry se habia dejado caer en su asiento; escuchaba, y algunas lágrimas se desprendian de sus ojos; mas no pronunciaba una sola palabra de piedad ó perdon.

En fin, Marcial añadió:

—Cuando la hicimos volver en su juicio, me hizo Diana la relacion de su desgracia;

y entonces comprendí enteramente los motivos del viaje de vd. y

— Luego veniste á buscar á tu padre y hermanos, tú tú Marcial, preguntó Mr. de Chivry ofreciéndole la mano.

— Sí, papá, respondió Marcial; mas no he venido solo.

— Cómo Marcial! exclamó Mr. de Chivry parándose cómo! acaso Diana! Diana!

— Aquí se halla, padre mio!

— Aquí! exclamó Mr. de Chivry con un acento en que la cólera en vano queria hablar por estar sofocada por el dolor y la desesperacion. Ella aquí! repitió. Pero qué desea! la infeliz! Quiere verme! . . . Implora mi perdon! cuando ella me ha deshonrado y es causa de la muerte de sus hermanos!

Y cayó otra vez en su asiento.

— Venia, contestó Marcial, á salvarlos . .

— Ella salvarlos! ella! Pero si ella es quien los ha matado ella! . . . Y qué te dijo cuando supo que habian muerto.

— Lo ignora, señor. Llegamos anoche . .

esta mañana fuí á casa de Leonardo, habia ya salido Vine acá, y todos vdes . . . habian salido adiviné la verdad de lo que pasaba monte á caballo corrí y desde aquel instante no he tenido mas que á vd. con quien llorar.

— Y para eso querias tú salir!

— Si señor. Diana me está aguardando.

— Oh! dijo, bajando la voz Mr. Chivry, la desventurada se espera y cuando vuelvas á su lado tendrás que comunicarle que sus hermanos sucumbieron por ella.

— Sí papá, esas serán las buenas noticias que voy á llevarle.

Padre é hijo se deshicieron otra vez en llanto, el hijo á los piés de su padre, éste inclinado sobre aquel. Por último, Mr. de Chivry se desprendió de sus tristes abrazos, y dijo á Marcial:

— Anda, pues, Marcial vuelve á su lado

— Gracias, padre mio se lo agradezco á vd., á nombre de los dos.

— Pobre Diana! ah! pobrecita! prosiguió Mr. de Chivry alzándose de su asiento é hiriéndose el corazon y la frente

Pobre Diana! . . . oh! no vayas todavía.
Marcial, Marcial, todavía no.

—Me está esperando, señor.

—Sea entonces, Marcial. . . . exclamó Mr. de Chivry con un acento apagado y desgarrador. . . . pero nada le digas Marcial, la matarias.

Al escuchar esta espresión de amor y piedad salida espantaneamente del fondo de su corazon de padre, abrazó Marcial sus rodillas de éste que se atrevió por fin á hablar respecto de Diana.

—Marcial, dijo, si es indispensable referirle todo, consuélala, dile que yo le perdono, que quiero que viva; que lo mando.

—Aquí se detuvo, y tomando su voz de repente un acento muy diverso añadió:

—Oh! dile que es fuerza nos ayude á vengarnos.

—Sí, padre mió. . . . sí, contestó Marcial, aprovechándose con prontitud de la libertad que acababa de alcanzar.

Pero en el instante en que iba á salvar el quicio de la puerta, le hechó Mr. de Chivry los brazos al cuello, diciéndole:

—No olvides, Marcial, que te espero juntamente con ella.

Por último, se separaron el padre y el hijo. Corrió Marcial al hotel donde lo aguardaba su hermana, lejos de prever que allí habria ocurrido una circunstancia bastante seria para hacer mas sensible de lo que pensaba al corazon de Diana, el acontecimiento funesto que tenia que participarle.

XIII.

Recordará sin duda el lector la esquila que Marcial habia dejado en la casa de Leonardo Asthon. Cuando éste se retiró del sitió de la lucha, con la impresion dolorosa de que en el desafio que acababa de efectuarse, dos hombres de honor, dos hermanos, habian sido víctimas de una funesta equivocacion, y de que él solo habia vengado una injusticia que quizá no le habia sido dirigida, volvió á su casa despues de haber recorrido con sus padrinos el campo de todas las suposiciones imaginables, y sin ha-

ber podido salir de la perplejidad estraña en que lo habian sumido las últimas palabras de Mr. de Chivry. Esta perplejidad subió de grado cuando á su regreso le entregó un criado la esquila, diciéndole que un jovencito á quien no conocia, la habia traído.

Por el retrato que hizo el criado del portador de la misma, creyeron Leonardo y sus amigos reconocer á Marcial, y los tres quedaron convencidos de que esta esquila estaba necesariamente ligada con el misterio que ellos procuraban en vano aclarar. Dicha esquila contenia una cita para el hotel de los forasteros; y por otra parte, Leonardo sabia que los señores de Chivry se alojaban en el hotel de Francia. Si pues esta mujer era lo que Leonardo Asthon suponía, sin duda no habia venido con ellos, sino que se ocultaba seguramente, y por tanto no se esponia á encontrarse allí con el anciano á quien habia arrebatado sus dos hijos.

Para acabar, por tanto, con la turbacion y la inquietud en que se hallaba, resolvió Leonardo pasar en el acto á tan estraña

cita. Volvió á subir al cache y en breve llegó al hotel de los Forasteros. Preguntó á la ama del hotel si no se habia apeado allí hacia poco tiempo una señora.

—Sí, contestó aquella, una jóven ciega y un hombre muy jóven tambien.

—¡Ah! ¿es ciega esa señora? preguntó otra vez Leonardo.

—Sí, caballero, y su hermano... porque ese jóven lo es, nos la recomendó mucho al irse esta mañana.

—¡Ah! ¿salió esta mañana?

—Sí, señor, y me preguntó, si sabia donde vivia el señor Asthon. Le respondí que vivia en la calle de San Pedro, y partió.

—¡Y no ha vuelto? volvió á preguntar Asthon.

—No señor, si bien prometió á su hermana que volveria pronto.

Leonardo Asthon guardó silencio. Procuraba conciliar en su cerebro las cosas que oía con las que ya sabia, y comprendió que habiendo sido Marcial impelido al lugar de la accion por algunos informes debidos á la casualidad, no habia podido desde luego

volver al lado de su hermana. El resultado pues de todas estas reflexiones hechas con rapidaz, le hicieron decir pronto.

—Sí, concibo el motivo de no haber vuelto aún.

—Si acaso sabe vd. donde está, mande vd. avisarle, porque su hermana lo está esperando con impaciente cuidado.

—Lo creo; y observando el efecto de la pregunta, preguntó Leonardo: pero no espera acaso á otra persona?

—Sí, caballero, sí; mandó decir que si llegaba el señor Asthon se le introdujese inmediatamente en su habitacion.

—Pues bien, dijo Leonardo, mandadle decir que soy.... No, que solo le digan que desea hablarle una persona que no quiere descubrir su nombre.

Un instante despues introdujeron á Leonardo Asthon en la habitacion de Diana.

Le sorprendió al ver la hermosura llena de nobleza á la vez que de un carácter sagrado de la mujer que tenia delante, así como tambien de las huellas profundas que habia impreso el dolor en tan bello rostro. Al oirlo entrar quedó Diana inmoble en

medio del cuarto y bajó la vista; una palidez mortal cubria su frente, un temblor convulsivo, que en vano procuraba dominar, agitaba y hacia estremecer todo su cuerpo.

Leonardo la examinó silencioso un momento, no se atrevia á hablar primero, si bien notó que este silencio era un suplicio horrible para la infeliz. De repente creció la palidez que lo aterrorizaba, le pareció que Diana bamboleaba y se lanzó para sostenerla.

— ¡No hay nadie aquí, caballero! preguntó con una voz comprimida y rechazándole.

— Nadie, señora.

Y habiéndose dirigido hácia la puerta que estaba abierta para cerrarla, levántose Diana de repente, y haciéndole del brazo lo detuvo con fuerza, exclamando:

— Repita vd. . . . repita vd. . . . lo que acaba de decirme.

Y con el cuerpo inclinado sobre Leonardo parecia poner un oído lleno de interes á ese metal de voz que iba ella á escuchar.

— He contestado á vd. señora, dijo Leonardo, que no hay nadie.

— ¡Oh! exclamó Diana, ¡no es él!

vd. no es Leonardo Asthon. . . . señor. . . .
¡vd. no es Leonardo Asthon, caballero!
¡Quién es vd.? ¡qué desea vd. de mí! ¡qué le he hecho para que venga vd. á insultarme así! salga vd. . . . salga vd, caballero. ¡de lo contrario llamo!

Era lo bastante para que Leonardo se convenciese que otra persona á quien la casualidad habia dado el mismo nombre ó que se habia apoderado del suyo, era la causa de todos los males que acababan de consumarse. Miró con verdadera affixion á esta jóven desventurada, cuyos dos hermanos acababa de matar, y que lo habia amado quizá, á él, á Asthon, por lo que era en realidad. Con tal motivo no sabia si debia decirle la verdad, y qué terrible verdad!

Vacilaba cuando prosiguió ella, como si una idea feliz le hubiese ocurrido:

— No ha salido vd.? ¡Ah! tiene vd. que hablarme. . . . que anunciarme alguna desgracia. . . . lo comprendo por su silencio. . . . ¡Hable vd. pues! donde están mi hermano Marcial, mi padre. . . . y mis hermanos! ¡Ah, caballero! exclamó en fin

cayendo de rodillas. . . . ¡ah! hable vd. ¿quién es vd.? ¿Qué tiene vd. que decirme?

Era cosa aun mas terrible el contestar esta pregunta; pero Leonardo habia resuelto ya lo que debia hacer, pues cediendo á un sentimiento de honor digno de él, se habia ya interrogado si no estaba en el caso de vengar á sí mismo y á esta familia del verdadero criminal. Contestó pues á Diana con dulzura:

—Señorita, no soy Leonardo Asthon, pero lo conozco, sé que es hombre honrado....

—Y por qué no ha venido, caballero?

—La esquila que mandó vd. escribir para él no ha llegado á sus manos, sino que ha caido en las mias.

—Y vd. ha abusado. . . .

—Oígame vd. señorita, y entonces me comprenderá.

Asthon suplicó á la señorita de Chivry que tomase asiento, recogió sus ideas en un instante y luego prosiguió:

—Soy el amigo, el sincero amigo de Leonardo; suponga vd. que su padre es quien está delante de vd. y la interroga, su-

ponga vd. que cuanto puedo decirle es sagrado como si saliese de los labios de un anciano que no sabria mentir.

—Es vd. en realidad un anciano? preguntó la pobre ciega con voz suplicatoria. . . .

Oh! no me engañe vd. caballero, eso seria muy cruel. Yo no puedo mirar á vd. pero vd. sí podrá verme ruborizar. Quién pues es vd?

—Señorita, no me pregunte vd. quien soy, pero puedo jurarle ante Dios que me escucha, que está vd. en la presencia de un hombre para quien es vd. muy sagrada, y un objeto de toda su consideracion; de un hombre que desde este mismo momento se sacrifica para proteger la vida de vd. y su honra.

—Lo creo á vd: caballero, y percibo por su acento que no mentís. Si es así caballero, suplico á vd. que salve á un tiempo mi vida y la de mis hermanos.

Leonardo se estremeció.

—Vaya vd. en busca de Leonardo, continuó Diana con tono de ruego, y dígame que estoy aquí, que exijo de él que devuelva la honra á la pobre doncella á quien perdió,

y que la sedujo cuando ella acababa de salvarlo.

—De salvarlo! esclamo Asthon.....

—Pues qué, nada sabeis, caballero!

—Desgraciadamente no.... mas hablad ... por los cielos! ¡Oh! Yo os salvaré.... yo!

—Pues bien, caballero, exclamó Diana... pero es imposible..... pero vd. que es su amigo..... debe saber que es á pros crito.

—Sí, injusta y cruelmente pros crito.

—No ignora vd. que buscó refugio en las cercanías de Machecoul.

—Lo sé.....

—Y nada mas que esto dijo á vd.....

—Nada mas, respondió Leonardo lentamente.

Al oír esta contestacion pareció Diana vacilar.

—Oh! hable vd. por Dios, le dijo Leonardo.... puede venir alguno.... y acaso, acaso....

Se detuvo, y añadió pronto en voz baja.

—No sabe vd. que si me sorprendiesen aquí, no podría ya quizá hacer algo por vd!

—Sea, pues, lo que vd. quiere exclamó Diana.... Dios mio! Dígnate mirar por mí aquel con quien hablo y al que no me es dable verlo, y que se avergüenze delante de vos, si acaso juega con mi desesperacion.

—Ah! Yo tambien invoco al Dios que implorais, y lo hago por ambos, replicó Asthon en tono de inspiracion.

—Que él sea pues testigo entre nosotros, caballero, dijo Diana; y ahora escuche vd: Perseguido, cazado como una fiera, perdido..... aceptó Leonardo un asilo en casa de mi abuela Madama de Kermie. Esta no lo conocia, caballero, pero lo queria por sus nobles prendas, su carácter... sus virtudes. Por mi parte, yo que oia hablar de él continuamente..... tambien lo queria por idénticas razones. Un dia.... disimule vd. mi turbacion, nos dijeron que ya no podia encontrar mas abrigo, mas refugio. Entonces fué cuando mi abuela se le mandó ofrecer por conducto de un hombre que posteriormente desapareció con él.

—Ah! y como se llama ese hombre? preguntó Leonardo.

—Valeriano.

—Diana soltó, sin advertirlo, este nombre que Leonardo recogió con cuidado y prosiguió ella rápidamente:

—Leonardo admitió, como os he dicho ya, y se le ocultó en un pabellon. Yo me hice cargo de ir á verlo diariamente, porque mi madre habia caído enferma. Sí, caballero, iba diariamente allí, diariamente lo escuchaba y diariamente lo amaba. El tambien decia que me adoraba á mí, pobre ciega, á quien se manifestaba en la casa tan poca compasion; él me adoraba.... Confieso que fui demasiado nécia en creerlo, no es verdad, caballero? Pero en fin, yo lo amaba.... no podia remediarlo... yo lo suponía.... Por último una noche, pues, ya os dije, que lo salvé y es cierto.... una noche atropellaron el castillo! Yo corrí al pabellon.... pero él no podia salir de allí porque todas las salidas estaban vigiladas por afuera.... No quedaba mas que un medio para salvarlo, caballero; este era el que creyesen que yo sola habitaba en aquel pabellon... Para lograr esto, hice que él se escondiera... y cuando entraron los soldados.... me en-

contraron acostada en la cama que habia en aquella pieza. Sí, esto hice por él.... y se retiró la tropa sin pasar del quicio de la puerta; se retiró dejándome sola con él.... sola, y entonces caballero.... entonces... cerró esa puerta tras de los soldados que me habian respetado, y él..... él....

Y viendo que Diana se torcía y gritaba llorando, Leonardo se agarró la cabeza con las manos y le dijo:

—Ah! el infame.... infame!.... Basta.... basta!

Signió á esto un largo silencio, y Diana cuya desesperacion se habia calmado lo suficiente para permitirle que continuase, prosiguió:

—Al dia siguiente, caballero, ya estaba preso, acaso porque quiso huir de mí.

—Preso! Quién, preguntó Leonardo, quién? no podia sospechar hasta qué punto habia podido contribuir la casualidad á conservar á Diana en el error.

—Leonardo Asthon.

—¡Preso en la noche del.....!

—Sí, en aquella noche fatal.